

Sumario

Somos cristianos	3
Juan-Pablo II (†)	
La sangre de los mártires es la simiente de los cristianos	5
Cardenal Philippe Barbarin	
Mapas	10
Los orígenes de la Iglesia de Lión	13
Jean-Noël Guinot	
Presentación histórica de la Carta	17
François Richard	
Carta de los cristianos de Viena y de Lión a sus hermanos de Asia y de Frigia transmitida por Eusebio de Cesarea.....	21
El anfiteatro de las tres Galias	43
Amable Audin (†)	



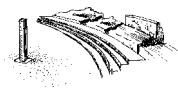
Somos cristianos

“Soy *cristiano*”, respondía simple y firmemente el diácono Santos a sus verdugos...

Nosotros también, somos cristianos y toda nuestra existencia presente y futura, toda nuestra vocación, toda nuestra misión están contenidas en este título...

Los mártires de Lión y de Viena tenían plena conciencia que el título de cristiano significa esta extraordinaria riqueza y esta gran responsabilidad. No quisieron renegar a Aquél que les había comunicado su vida y los había llamado a ser sus testigos.

Sabemos que hoy son numerosos aún, en todas partes del mundo, aquellos que sufren las ofensas, el destierro y mismo la tortura a causa de su fidelidad a la fe cristiana. En ellos, el Cristo manifiesta su potencia. Los mártires de hoy y los mártires de ayer nos rodean y nos sostienen para que guardemos nuestras miradas fijas hacia Jesús que es el jefe de nuestra fe y la lleva a su perfección.





La sangre de los mártires es la simiente de los cristianos

«El servidor no es más grande que su maestro. Si me han perseguido, os perseguirán a vosotros también».
Juan 15, 20



5

«En el mundo, conseguiréis el desamparo, pero tengáis cofianza: yo, soy el vencedor del mundo».
Juan 16, 33

Como «Jesucristo quien rindió su bello testimonio, bajo Poncio Pilatos» (1 Timoteo 6,13), los mártires de Viena y de Lión fueron fieles a Aquél que había iluminado su vida. Era bajo el reino del emperador Marco Aurelio, hace más de 1800 años cuando la Iglesia nació en Galia.

El acontecimiento fue relatado por Eusebio de Cesarea en su *Historia eclesiástica*¹, escrita hacia el comienzo del siglo IV. Este documento es de un valor excepcional. Eusebio nos transmite las fuentes mismas que relatan la persecución de

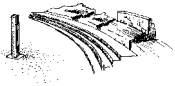
1. Libro V, capítulo 1

177; se trata de una carta dirigida por un testigo anónimo a sus hermanos de Asia: «*los siervos de Cristo que permanecen en Viena y Lión, en Galia, a los hermanos de Asia y de la Frigia que tienen la misma fe y la misma esperanza que nosotros en la Redención...*».

Este texto destaca el fundamento apostólico de nuestra Iglesia, la primera en la Galia romana, en la segunda mitad del siglo II. San Ireneo certifica también, por su parte, la verdad del lazo que une a la Iglesia de Lión –de la cual él fue segundo obispo– a la de Esmirna en Asia, cuyo obispo Policarpo había sido el discípulo de Juan, el Apóstol.

Lión, capital de las Galias, es en aquella época en el apogeo de su proyección política y cultural. En el corazón de esta civilización brillante, pero cruel e desigual, la manera de vivir de los cristianos plantea preguntas y pasa a ser el objetivo de un descontento popular. Estalla contra la Iglesia una persecución que lleva a los cristianos a confesar públicamente su fe en Jesucristo. Blandina quien, a la estupefacción general, a resistido a las abominables torturas, terminó por rendir su alma en el anfiteatro, y el viejo obispo Potino murió sofocado, con más de noventa años, en un calabozo, en la colina de Fourvière². Sus nombres nos han sido transmitidos. Son cuarenta y ocho en total y su martirio sella la fundación de la Iglesia de Lión con un bautizo de sangre. Así había sido para la Iglesia de Roma, un siglo más temprano, con el martirio de Pedro y de Pablo.

Esta «*Carta de los mártires*» de 177 es entonces extremadamente preciosa. Pero los hechos relatados son tan lejanos y el contexto social tan diferente que su mensaje podría parecer inaccesible a nuestros contemporáneos. No nos dejemos desviar y acojamos este relato como testimonio supremo que nuestros mayores han devuelto de cara al mundo! La historia no se repite, pero esos sitios nos llaman al valor y a la pureza del corazón, para hoy volver el testimonio que el Señor y el mundo esperan de nosotros. En octubre de 1986, el Papa Juan-Pablo II a comenzado su visita pastoral en Lión



2. Un «recorrido histórico del cristianismo en Lión» está organizado ahora para los visitantes y los peregrinos. Pasa por el anfiteatro, el calabozo de San Potino, Fourvière, la Iglesia San Ireneo y la casa de Pauline-Marie Jaricot, donde la restauración a permitido encontrar los vestigios de la vía romana.

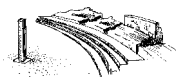
por el anfiteatro de las Tres Galias. En Mayo del 2005, los numerosos cardenales y los delegados de las Obras Misionales Pontificias del mundo entero, venidos para la inauguración de la casa de Pauline-Marie Jaricot, viven sus primeros momentos de oración en el anfiteatro. «*La sangre de los mártires es la simiente de los cristianos*»³.

Esos primeros discípulos de Jesús en nuestro país son completamente de su tiempo, sumergidos en una sociedad donde los pequeños y los pobres y en particular los esclavos son despreciados. Es su manera de vivir, cualquiera que sea su origen, lo que los distingue. La famosa *Carta a Diogneto*, documento que nos viene de Egipto y que data de la misma época, da un testimonio análogo: los cristianos son como todo el mundo, pero al mismo tiempo tan diferentes! Porque obedecen a las «*leyes extraordinarias y realmente paradoxales de su república espiritual*», los designamos como «*cabeza de turco*» y responsables de todos los males y las disfunciones de la sociedad.

No obstante, no se dejan llevar por el más mínimo odio. Como Jesús, a lo largo de toda su vida y a la hora de su Pasión, los cristianos fueron fieles testigos del Amor del Padre delante de todos los hombres. Se siente también el amor discreto y solícito que los une los unos a los otros. Aman su comunidad, su Iglesia que es para ellos como una madre. Los más fuertes de ellos no temen hacerse partidarios de sus hermanos y de «*confesar*» públicamente su fe en Jesucristo, Salvador de todos los hombres y vencedor de la muerte.

Esa actitud fortifica a sus hermanos y transtorna a veces a sus perseguidores. Con una audacia tranquila, testimonian la fuerza de la Palabra de Dios, victoriosa del mal en sus vidas. Callarse sería para ellos una cobardía, hacer el juego del demonio, adversario de la humanidad, «*mentiroso y padre de la mentira, que quiere la muerte del hombre*» (Juan 8, 44).

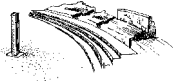
Cristo establece los «*confesores de la fe*» en la alegría. Lo que les permite atravesar la prueba suprema, liberados de la angustia de la muerte y de seguir sus pasos: «El mismo habiendo sufrido la prueba esta en condición de ayudar a los que han sufrido...



3. Tertuliano, *Apología*, capítulo 50, 12.

y de liberar de la angustia de la muerte a todos aquellos que, durante toda su vida, estaban sometidos a esta servidumbre» (Hebreos 2, 18 y 16). Si leemos con entusiasmo esta *Carta de los cristianos de Viena y Lión*, vieja de 18 siglos, descubrimos en ella un texto de actualidad para nosotros, cristianos sumergidos en una sociedad en plena mutación.

La mirada sobre el ejemplo dado por esas hermanas y esos hermanos mayores nos despierta a nuestra vocación de testigos. Lo que llama la atención en este relato, es que los mártires del año 177 no están presentados como superhombres. El texto señala que algunos, que no se habían suficientemente ejercitado, flaquearon en un primer tiempo, antes que la oración y la fidelidad de los mártires «no los traigan a la vida». Hoy, como ayer, no es fácil atestiguar. Es la experiencia misma, y no sólo etimológico, que nos muestra que testimonio y mártir son una misma palabra, una misma actitud. ¿Dónde encontrar la fuerza para seguir siendo fieles, la audacia para seguir adelante? Porque el anuncio del Evangelio debe de ser renovado en cada generación.



8

Esta *Carta* siempre me trae al sacramento de la confirmación. A menudo, en los encuentros con los jóvenes que se preparan para recibir el sacramento, les cuento la historia de los mártires de Lión, desde los primeros versículos de los *Actos de los Apóstoles* donde se encuentra en los labios de Jesús la más bella catequesis de este sacramento: «*Váis a recibir una fuerza, la del Espíritu Santo, quien vendrá hacia vosotros. Entonces seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y la Samaria y hasta las confines de la tierra*» (Actos 1, 8).

Si los mártires se hubiesen dejado invadir por las objeciones legítimas y perezosas, como: «*Abandonaremos nuestros padres viejos, dejar nuestra tierra o nuestra casa? Quién calcula los riesgos del viaje? Como seremos acogidos en esas regiones desconocidas?...*», la Iglesia de Lión, la Iglesia de Francia no existirían! ¡Benditos sean aquellos quienes, antes, partieron renunciando a todo para anunciar la muerte y la Resurrección de Cristo y aquellos quienes, hoy, se atreven a reanudar con la antorcha de la evangelización!

Esta historia atraviesa los siglos y el testimonio de fidelidad a

Cristo restituyendo al lugar y a la hora donde uno se espera lo menos de ello. Muchos jóvenes dicen hoy que es difícil para ellos de presentarse como cristianos en sus liceos o en sus universidades.

Son acusados de miles de desgracias o infidelidades que marcan la historia de la Iglesia, o lanzados pullas contra ellos a causa de la divergencia que existe entre los modos de vida y de pensamientos actuales y de la doctrina cristiana.

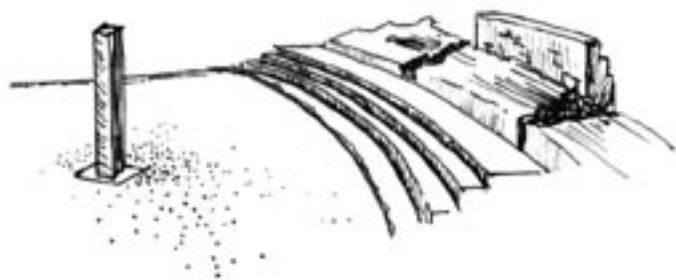
La reedición de esta *Carta* sale a la luz poco tiempo después de la liberación de los rehenes detenidos durante cuatro meses en Iraq, al final del año 2004. Esos hombres, Christian Chesnot et Georges Malbrunot, que su formación y su trabajo de periodistas no los preparaban al testimonio supremo, se han encontrado de un golpe intimidados a dar testimonio a Cristo. Y lo hicieron. Han afirmado, a pesar del peligro que corrían sus vidas, que estaban bautizados. Era una verdad que emergía del fondo de su ser, que se imponía a ellos por todas las raíces de sus historias y de sus familias. Han ido hasta más lejos. Declarándose cristianos, han comprendido que tenían que imitar a Jesús en la locura de su amor, como los mártires de Lión que nuestra *Carta* compara con Esteban, «el mártir perfecto», cuando rezaban por sus verdugos. Ayudados por el rehén italiano que compartía su condición, han ido hasta el perdón de aquellos que habían tenido sus vidas al borde del abismo durante tantos meses: «*Si, os perdono, a declarado Christian Chesnot. Es sin embargo un acto imperdonable. Nuestros raptos no quieren ser considerados como terroristas, pero actúan como tales. Al mismo tiempo, llevan un combate de resistencia (...)* Yo diría como Jesús: 'Perdonad les, no saben lo que hacen' (Lucas 23, 34)».

¡Así va la Iglesia, pueblo fiel! ¡Lleva a través de los tiempos la antorcha del Evangelio y proclama, sobre nuestros caminos de miseria, la victoria de la Misericordia!









Los orígenes de la Iglesia de Lión

Sin el testimonio relatado por Eusebio de Cesarea en el libro V de su *Historia eclesiástica*, probablemente ignoraríamos la existencia de los mártires de Lión de 177. Los arqueólogos lioneses no se habrían empeñado tanto en buscar el anfiteatro y su descubrimiento, en 1958, no habría tenido el mismo sentido ni la misma carga emocional. Sin embargo, la *Carta de los mártires* no dice nada de los orígenes de la Iglesia de Lión. Hasta se han cuestionado si será del todo seguro el encabezamiento transmitido por Eusebio o si resulta de una deducción a partir del contenido de la *Carta*. Sea lo que fuere, sólo permite suponer que las comunidades cristianas de Lión y de Viena, a finales del siglo II, conservaban vínculos con las comunidades de Asia y de Frigia.

Quiso la suerte –pero nos preguntamos si se tratará efectivamente de suerte o de un proyecto historiográfico concertado– que Eusebio copiase también el principio de una carta de los mártires, dirigida al papa Eleuterio, para encomendarle a Ireneo. Éstos lo habían elegido como portador de su carta al obispo de Roma, por «*ser ya sacerdote de la comunidad de Lión*» y digno de gran estima. Algunas líneas más adelante, el propio Eusebio nos informa de que «*Ireneo recibió en herencia el episcopado de la comunidad de Lión hasta entonces dirigida por Potino*», fallecido en la cárcel,



«con más de noventa años», y añade, hablando de Ireneo: «Ahora bien, había sido, de joven, como supimos, un oyente de Policarpo».

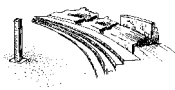
¿Cómo se enteró Eusebio? Sencillamente porque las obras de Ireneo de Lión se conservaban en la biblioteca de Cesarea. Copia trozos enteros de ellas en el libro IV y en el libro V de su *Historia eclesiástica*, tomando prestada del obispo de Lión gran parte de su información sobre las Iglesias de Asia.

Copia en particular una página entera de su gran tratado doctrinal, *Contra las herejías*, que concierne al obispo Policarpo de Esmirna. Gracias a él, podemos leer en el texto griego original esta página que también nos llegó, con la totalidad del tratado, en una traducción latina anónima muy antigua. Seleccionaremos de ellas las informaciones más importantes para nuestro tema.

Ireneo dice que conoció, en «su tierna infancia», al viejo obispo Policarpo, «discípulo de los apóstoles» y familiar a «muchos de los que habían visto al Señor». Subraya que «otra vez fueron los apóstoles quienes lo establecieron, en Asia, como obispo en la Iglesia de Esmirna» y deja entender que habría conocido a san «Juan, el discípulo del Señor», durante su estancia en Éfeso.

Este testimonio se confirma en una carta de Ireneo que Eusebio sigue siendo el único en conservar parcialmente. En ella, el obispo de Lión intenta hacer volver a la fe ortodoxa a un tal Florino que difundía en Roma tesis heréticas. ¿Cómo lo consigue? Recordando a Florino las enseñanzas que recibió de Policarpo y bosquejando, para conmoverlo, un vivo retrato del obispo, tal como ha quedado grabado en su memoria, desde la niñez.

Encontramos en la carta las mismas expresiones que en el tratado *Contra las herejías*, pero la relación con el apóstol Juan se confirma esta vez claramente: «Puedo decir el lugar donde se sentaba el beato Policarpo para hablar, cómo entraba y salía, su modo de vivir, su aspecto físico, las charlas que hacía ante las multitudes, cómo refería sus relaciones con Juan y con los otros que habían visto al Señor, cómo recordaba sus palabras y las cosas que habían oído de ellos a propósito del Señor, de

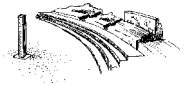


sus milagros, de sus enseñanzas; cómo Policarpo, tras recibir todo ello de los testigos oculares del Verbo de vida, lo refería acorde a las Escrituras.»

Pero volvamos a la nota sobre Policarpo inserta en el tratado *Contra las herejías* de Ireneo. Sólo cobra su sentido completo si se vuelve a colocar en su contexto. A las falsas tradiciones que se inventan los gnósticos para acreditar sus tesis, Ireneo opone, al principio del libro III, la Tradición heredada de los apóstoles. Respecto a la antigüedad y la unidad de aquella tradición, la novedad y la multiplicidad de las herejías gnósticas no serán sino más flagrantes. Bastaría establecer la sucesión apostólica de cada Iglesia para dar prueba de ello.

Ireneo lo hace para la Iglesia de Roma y así es como le debemos el conocimiento de la lista de sus doce primeros obispos, desde Lino, el sucesor de Pedro y Pablo, hasta Eleuterio en cuya época redacta su tratado. Concluye: *«He aquí por qué seguidores y sucesores han transmitido hasta nosotros la Tradición que rige la Iglesia a partir de los apóstoles y la predicación de la verdad. Y ésta es una prueba muy completa de que es una e idéntica a sí misma, esta fe vivificante que, en la Iglesia, desde los apóstoles hasta ahora, se ha conservado y transmitido en la verdad.»* No necesitaba más de un ejemplo. Sin embargo añado otro, el de la Iglesia de Esmirna, en la que Policarpo fue instituido obispo por los apóstoles. Así establece entre la Iglesia de Roma y la de Asia un paralelo que merece subrayarse, aunque no dé en este último caso la lista de los sucesores de Policarpo.

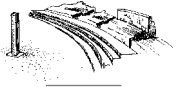
No sabemos de dónde venía Potino ni de quién había recibido la consagración episcopal. En cambio, Ireneo, antes de hacerse sacerdote y obispo de Lión, fue, de muy joven, el oyente de Policarpo de Esmirna que había conocido a Juan y a *«los otros que habían visto al Señor»*. Sólo él nos permite, por lo tanto, establecer un vínculo seguro entre la Iglesia de Lión y la de Esmirna. Esto hace también verosímil el origen asiático de parte de la comunidad cristiana de Lión, en tiempos de los mártires y bien explicaría el deseo de los cristianos de Lión y de Viena de informar a sus hermanos de Asia y Frigia, de los terribles acontecimientos de 177. Por fin, Ireneo tuvo que permanecer algún tiempo en Roma, lo cual explica que



esté tan bien documentado sobre esta Iglesia. Ahora bien, la «sucesión apostólica» de las Iglesias de Roma y de Esmirna nos dan la prueba de la transmisión, en la verdad, de la fe recibida de los apóstoles. Por Ireneo, la Iglesia de Lión ingresa, en cierto modo, en esta doble sucesión apostólica. Tales son los orígenes de nuestra Iglesia, nacida otra vez de la sangre de los mártires.

Jean-Noël Guinot

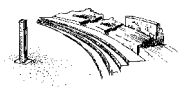
*Director de investigaciones en el CNRS
Director del Instituto Sources Chrétiennes*



Presentación histórica de la Carta

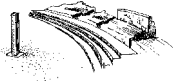
La *Carta de los mártires de Lión* es un documento extraordinario que Renan llamaba la perla de la Iglesia primitiva. Las mismas circunstancias de su transmisión nos brindan un perfecto ejemplo de la universalidad de la Iglesia cristiana. Fue redactada en Lión por un superviviente anónimo de la persecución, y mandada a Asia Menor. Desde allí, circularon algunas copias por el Oriente, y una de ellas, conservada en la biblioteca cristiana de Cesarea de Palestina, se conservó porque en el siglo IV, Eusebio, sacerdote de esta ciudad, la publicó en su *Historia eclesiástica*. Nos informa, además, de que sólo transcribía largos extractos, por haber entregado ya antes el texto completo en una *Recopilación de los mártires*.

El texto es muy claro y describe bien el desarrollo de los acontecimientos. Durante la primavera del año 177, la comunidad cristiana de Lión sufrió un difícil período de cuarentena y de boicot, que desembocó en un pogrom sin que se explicara bien tal ataque de rabia. Sin embargo, en dos ocasiones, el autor subraya más adelante en el relato que la tensión tenía raíces religiosas: «*Todos habrían pensado ser grandes criminales e impíos si hubieran carecido de grosería con él: porque así era como creían vengar a sus dioses*» (HE V,1,21) y «*Entre los paganos, (algunos) se burlaban y se*



mofaban, mientras exaltaban a sus ídolos, a los que atribuían el castigo de los cristianos» (HE, 1, 60).

Ante los disturbios, las autoridades de la comunidad de Lión intervinieron y arrestaron a unos cristianos (¡y no a sus perseguidores!). En efecto desde Trajano, el profesar el cristianismo se asimilaba a un crimen. Si a los cristianos no los perseguían de oficio, los procesaban automáticamente bajo denuncia (¡no anónima!) o como en aquella ocasión, en caso de disturbios públicos que les concernían. El gobernador de la provincia, a quien le corresponde la última instancia, se encarga pues del caso, en junio. Dirige en persona la instrucción. Como solía ocurrir en aquella época en los procesos penales, ésta se acompaña de torturas que hace falta distinguir de las torturas-castigos. Se trata de torturas inquisitorias, normalmente destinadas a arrancar la verdad, pero, en este caso, a obtener la apostasía. Como sólo algunos lo hacen, el gobernador decide condenarlos a la pena de muerte y mandar a cuatro fieles al anfiteatro. Perecerán dos. Otra vez es un fracaso.



18

El gobernador hace entonces una pausa y, antes de mandar ejecutar a los demás confesores, prefiere consultar al emperador Marco Aurelio que en aquel momento se hallaba en Roma. Cerca de un mes más tarde, llega la respuesta imperial. Será decisiva: *«Que sometieran a los cristianos a los suplicios, pero que libertaran a cuantos renegaran de su fe.»* Se hará en agosto: todos los refractarios serán decapitados (¿en el foro?) o entregados a las fieras en el anfiteatro. Pero algunos sobrevivirán, y no va a desaparecer la Iglesia de Lión. Además, no deja de sorprender que, una vez establecida la lista de las detenciones, los demás cristianos consigan comunicar con los presos y presenciar los interrogatorios y los suplicios, sin que les haga nada. Parece que, para las autoridades, no se tratará tanto de aniquilar a la comunidad como de privarla de sus mejores elementos, de infligir un castigo para que sirviera de escarmiento y mostrara que la tolerancia habitual no anulaba los principios, y de restablecer el orden satisfaciendo al gentío enfurecido por la sangre derramada.

El propósito de la Carta era conservar un testimonio heroico. Instada a denunciar a su Señor Jesucristo, una comunidad, por el intermediario de sus paladins, no ha querido traicionarlo. Pero

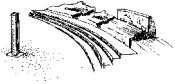
no se vanaglorian los mártires: «*gustaban de reservarle a Cristo el título de mártir*». Sobre todo, lo cual agrada mucho a Eusebio, siguen siendo caritativos: no maldicen a sus verdugos y, en vez de rechazar a los más débiles que han fallado, se alegran de su regreso a la fe. Concientes de su peculiar autoridad espiritual, se preocupan por la Iglesia universal dando su parecer sobre el montanismo en unas cartas mandadas a la vez a Roma y a Asia Menor, y cuidan del futuro de su comunidad, remitiendo a Ireneo con una carta de recomendación para Eleuterio, el obispo de Roma.

Eusebio sólo ha transmitido en sus extractos nueve nombres de mártires (Potino, Átalo, Alejandro, Santos, Maturio, Blandina, Biblida, Alcibiades, Pontico) o diez si se añade a Vetio Epagato. La lista completa, que integraba el documento original y se conservó en la Edad Media gracias a Rufino, traductor latino de Eusebio a principios del siglo V, constaba de cuarenta y ocho nombres –lo cual no implica necesariamente cuarenta y ocho personas ya que era posible que hubiera nombres compuestos. Pero hasta con treinta y ocho mártires, como se afirmó, la persecución lionesa sería, y con mucho, la más importante del siglo II. Muchos de ellos llevaban nombres griegos, pero no necesariamente eran cristianos de origen oriental: estaba de moda, en la época, dar nombres griegos a los esclavos, y los conservaban cuando eran puestos en libertad. Estos cristianos no se limitaban a una categoría: se hallaban hombres y mujeres, amos y esclavos, amos cristianos denunciados por sus esclavos paganos, orientales y galorromanos. Al menos dos ciudadanos romanos están citados, Átalo de Pérgamo, un Asiático, y Vetio Epagato, un joven «*muy conocido*», un notable de la colonia que no fue perseguido aunque había profesado su fe con gran atrevimiento en los primeros días, como si le hubiera servido de inmunidad su posición social. Pero otros ciudadanos romanos –no se sabe cuántos– fueron decapitados. Cuando detuvieron a Potino, «*iba escoltado de los magistrados de la ciudad y de todo el pueblo, que le gritaba, como si fuera Cristo en persona*», prueba de que las autoridades bien lo habían identificado.

Este relato aislado, que aclara nuestras tinieblas como un relámpago, es el primer testigo de la existencia de una Iglesia cristiana en Lión, e incluso en Galia. Otros pasajes de la *Carta*,



de la *Historia eclesi3stica* de Eusebio y de la obra de Ireneo permiten pensar que existían en las Galias y en las Germanias varias comunidades cristianas, como la de Viena, por ejemplo, de donde procedía el di3cono Santo, pero que s3lo Li3n tena un obispo, Potino: el mismo Ireneo, su sucesor inmediato, sigue siendo el 3nico obispo de Galia en 190. Para percatarse de la relevancia de este hecho, hace falta saber que en el Occidente de la 3poca, haba muy pocos obispos. No conocemos a ninguno en Espa3a, ninguno en Norte3frica, s3lo unos pocos en Italia, entre los cuales el de Roma. Con su nombre griego, que significa «Deseado», Potino podría ser oriundo de Asia Menor –lo cual explicaría la venida de Ireneo a quien haba previsto como sucesor suyo–, pero despu3 de todo, bien podría ser miembro de la comunidad de Li3n. En aquella 3poca, las Iglesias solán elegir a sus obispos, lo que supone que hayan tenido tiempo para conocerse. Por lo tanto podemos pensar que, viniera o no viniera de Asia Menor, Potino vivi3 primero entre los lioneses sin ser obispo. Y por consiguiente, si se fue de Li3n para hacerse obispo, y no lleg3 a Li3n como obispo, lo m3s sencillo y conveniente sería que hubiese ido a Roma para ser consagrado, lo cual, en resumidas cuentas, sería lo mismo que sucedió con Ireneo. Por supuesto, hay aqua parte de hip3tesis, pero, en todo caso, resultan seguros los vnculos entre la Iglesia de Li3n y la de Roma, por el viaje tan inmediato que hizo Ireneo a Roma tras la persecuci3n, y sobre todo, por el hecho muy importante de que, durante el episcopado de Ireneo, la Iglesia de Li3n celebraba la Semana Santa en la misma fecha que Roma y no que Asia Menor, lo que nos lleva a pensar que, a lo m3nimo, Roma no fue ajena a esta creaci3n del primer episcopado de las Galias.



François Richard

*Profesor de historia romana,
Universidad de Nancy 2*

**Carta de los cristianos
de Viena y de Lión
a sus hermanos
de Asia y de Frigia**

**El texto de la *Carta de los cristianos de Lión* está en romano;
Los comentarios de Eusebio están en bastardilla.
Por facilitar la lectura de esta *Carta*, el editor ha introducido algunos subtítulos.**

Esta *Carta* está tomada de la *Historia eclesiástica* de Eusebio de Cesarea
(H.E.V; prólogo 1-4; capítulos I-IV),
editada por Gustave Bardy en la colección «Sources Chrétiennes» n° 41.

La traducción de texto griego es aquella de Velasco Delgado Argimiro,
«Biblioteca de Autores Cristianos», Madrid, 1973, revisada por Jerónimo Leal y puesta en
conformidad con la traducción de Claude Mondésert, s.j.

El historiador Eusebio cuenta que...

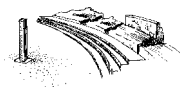
PRÓLOGO

El papa Sotero murió después de gobernar la iglesia de Roma durante ocho años. Le sucedió Eleuterio, duodécimo a partir de los Apóstoles. Corría el año decimoséptimo del emperador Antonino Vero (Marco Aurelio). En este tiempo se reavivó con mayor violencia en algunas partes de la tierra la persecución contra los cristianos. El ataque vino del populacho de distintas ciudades, y fueron millares los mártires que se distinguieron, o, por lo menos, se puede suponer así, si tenemos en cuenta lo ocurrido en una sola nación. Los hechos, por ser verdaderamente dignos de un recuerdo imperecedero, se han transmitido por escrito a la posteridad.

El escrito íntegro del detallado relato de estos hechos queda así incorporado a nuestra Recopilación de Martirios, que comprende una explicación no sólo histórica, sino también doctrinal. He hecho una selección de todo aquello que puede ser conveniente reflejar aquí y lo expongo a continuación.

Algunos historiadores sólo han escrito sobre las victorias en la guerra, los trofeos conquistados al enemigo, las hazañas de los generales, la heroicidad de los soldados que se han empapado de su propia sangre y las innumerables muertes a causa de los propios hijos, la patria y los restantes bienes.

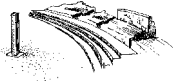
Nuestra obra, en cambio, describirá el género de vida según Dios, grabará en estelas eternas las más pacíficas luchas por la misma



paz del alma y el nombre de los que en ellas se comportaron heroicamente, más por la verdad que por la patria, y más por la religión que por los seres queridos, y se proclamará públicamente, para eterna memoria, la resistencia de los atletas de la fe, su bravura, curtida en mil sufrimientos, los trofeos logrados contra los demonios, las victorias sobre los adversarios invisibles y, después, sus coronas.

Fue la Galia el país en que se preparó el estadio, lugar de los hechos mencionados. Dos metrópolis eran célebres por su distinción y por su importancia entre las otras ciudades del país: Lión y Viena. Ambas están atravesadas por el Ródano, que fluye a lo largo de toda la región con gran caudal. Las ilustrísimas iglesias de aquellas ciudades enviaron a las iglesias de Asia y Frigia esta carta sobre sus mártires, narrando lo ocurrido de la siguiente manera. Citaré sus propias palabras.

Los siervos de Cristo que peregrinan en Viena y en Lión de la Galia, a los hermanos que en Asia y en Frigia comparten con nosotros la misma fe y la misma esperanza de la redención: la paz, la gracia y la gloria de parte de Dios Padre y de Jesucristo, Señor nuestro.



EL ATAQUE VIENE DEL POPULACHO

A continuación de esto, siguen diciendo otras cosas en plan de prólogo y comienzan su relato en los siguientes términos:

La magnitud de la tribulación que se ha producido aquí, la violencia de los paganos contra los santos y la cantidad de sufrimientos que los bienaventurados mártires soportaron, nos es imposible de expresar y ni siquiera es posible describirlo en detalle. Y es que el adversario atacó con todas sus fuerzas, preludivo ya el descarado de su inminente venida. Por todas partes se metió, acostumbrando a los suyos y ejercitándolos de antemano contra los siervos de Dios, de suerte que no sólo se nos expulsa de las casas, de los baños y del foro¹, sino que incluso prohíben que ninguno de nosotros se deje ver lo más mínimo en cualquier otro lugar. Pero la gracia de Dios tomó la iniciativa en nuestro combate: retenía a los débiles y presentaba

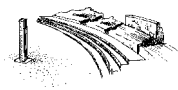
1. El foro: en las ciudades romanas, la plaza central donde se encuentran los principales monumentos públicos.

de frente una formación de sólidas columnas, capaces de atraer sobre sí, con su paciencia, todo el ímpetu del malvado. Estos marcharon a su encuentro, soportando toda suerte de injurias y ultrajes. Considerando poco lo que era mucho, apresuraban su paso hacia Cristo y mostraban realmente que los «sufrimientos del tiempo presente no son comparables con la gloria que está para ser revelada en nosotros²» .

En primer lugar soportaron generosamente los asaltos del populacho: fueron insultados, golpeados, zarandeados, despojados, apedreados, manteados y soportaron todo cuanto suele gustar a una masa enfurecida contra gentes que considera odiosas y enemigas.

Luego fueron conducidos a la plaza pública. Interrogados por el tribuno y por los magistrados de la ciudad, confesaron³ su fe; después fueron encerrados en la cárcel hasta la llegada del gobernador. Más tarde los condujeron ante el gobernador, quien demostró toda su crueldad contra nosotros.

UN PROCER CRISTIANO SE OCUPA DE DEFENDER A LOS SUYOS



25

Vetio Epágato, uno de los hermanos, que poseía en plenitud el amor a Dios y al prójimo y cuya conducta había sido tan recta que, aun siendo joven, mereció el mismo elogio que el anciano Zacarías, ya que había «caminado irreprochablemente en todos los mandamientos, y preceptos el Señor»⁴, y había sido diligente en todo servicio al prójimo, con mucho celo de Dios y fervor de espíritu. Por ser de tal índole, no soportó que se procediera contra nosotros con un juicio tan irracional. Indignadísimo, pidió que también se le escuchara a él y defendió a los hermanos, afirmando que entre nosotros no había ningún rastro de ateísmo ni de impiedad.

Los que rodeaban el tribunal la emprendieron a gritos contra él –pues era hombre relevante–, y el juez, no toleró la petición así propuesta, sino que únicamente le preguntó si también él era cristiano. Epágato lo confesó con voz clarísima,

2. Romanos 8,18.

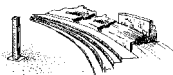
3. Esta confesión, que era una proclamación de su pertenencia a Cristo, les valió muchas veces a los primeros cristianos el título de «confesores», como se verá después.

4. Cf. Lucas 1,6.

y así también él fue recibido en las filas de los mártires. Se le llamó consolador de los cristianos, pues dentro de sí tenía al consolador, el Espíritu de Zacarías, el que había mostrado con la plenitud de su amor al tener a bien salir en defensa de los hermanos y exponer su propia vida; porque era y sigue siendo genuino discípulo de Cristo, que va en pos del Cordero adonde quiera que vaya⁵.

ALGUNOS CRISTIANOS NO ESTABAN PREPARADOS

A partir de aquí, los demás se dividen: aparecen claramente los preparados para dar testimonio, los que con todo su ardor completaban la confesión del martirio; pero también se manifestaron los que no estaban dispuestos, faltos de ejercicio y todavía débiles, incapaces de aguantar la tensión de un gran combate. De ellos abandonaron unos diez. Fue una gran aflicción y un inmenso dolor el que nos causaron; todavía más, éstos debilitaron el entusiasmo de los otros que no habían sido arrestados con ellos y que, a pesar de estar padeciendo toda clase de horrores, con todo, asistían a los mártires y no los abandonaban. Por eso entonces todos quedamos terrorizados ante la incertidumbre de la confesión, no por temor a los castigos, sino porque veíamos lejano el fin y temíamos que alguno sucumbiera.



26

LOS ARRESTOS SE MULTIPLICAN

Sin embargo, cada día iban deteniendo a otros que eran dignos de completar el número de los mártires, tanto que juntaron de las dos Iglesias (de Viena y Lión) a todas las personas fervorosas, gracias a las cuales tenían apoyo consistente la vida de estas Iglesias.

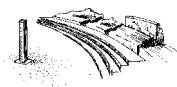
Fueron apresados también algunos paganos, criados de los nuestros, pues el gobernador había mandado que se nos buscara a todos. Éstos, por insidias de Satanás, temiendo los tormentos que veían padecer a los santos y empujados a ello por los soldados, nos acusaron falsamente de cenas tiesteas,

5. Cf. Apocalipsis 14,4.

de promiscuidades edipeas⁶ y de tantas otras cosas que no nos es lícito ni decir ni pensar, ni creer siquiera que tales cosas se hayan dado entre los hombres. Cuando este rumor se esparció, todos se revolieron como fieras contra nosotros, tanto que, si antes algunos se conducían con moderación por amistad, entonces empezaron a mostrarse muy hostiles y rabiosos contra nosotros. Se estaban cumpliendo las palabras de nuestro Señor: «Un tiempo vendrá en que todo el que os mate pensará estar dando culto a Dios»⁷.

UNA MUJER TORTURADA: BLANDINA

A partir de este momento los santos mártires soportaron castigos que exceden a toda descripción, mientras Satanás se esforzaba por arrancarles también alguna palabra blasfema. Toda la furia de la muchedumbre, del gobernador y de los soldados se abatió desbordada sobre el diacono Santos, de Viena, sobre Maturo, recién bautizado, pero noble luchador, sobre Átalo, oriundo de Pérgamo y que siempre había sido columna y fundamento de los cristianos de aquí, y sobre Blandina, por medio de la cual Cristo demostró que lo que entre los hombres aparece vulgar, feo y despreciable, por parte de Dios se considera digno de gran gloria a causa del amor hacia El, amor que se muestra en la fuerza y que no se jacta de la apariencia. Efectivamente, mientras todos nosotros estábamos medrosos y su misma dueña carnal –también ella una de nuestros mártires combatientes– temíamos que por la flaqueza de su cuerpo no tuviese fuerzas para proclamar libremente su confesión, Blandina se vio llena de una fuerza tan grande que extenuaba y agotaba a los que, por turno y de todas las maneras, la iban torturando desde el amanecer hasta el ocaso; ellos mismos confesaban que estaban vencidos, sin poder hacer ya nada con ella, y se admiraban de cómo podía mantenerse con aliento estando todo su cuerpo desgarrado y abierto, y atestiguaban que uno solo de todos estos suplicios bastaba para quitar la vida, sin necesidad de tantos ni tan terribles. Pero la bienaventurada mujer, como noble atleta, rejuvenecía en la confesión, y era para ella recuperación



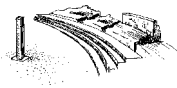
6. Tieste y Edipo son dos personajes de la mitología griega. El primero devoró a sus hijos y el segundo mató a su padre y se casó con su madre.

7. Juan 16,2.

de fuerzas, descanso y ausencia de dolor en medio de los acontecimientos el decir: «Soy cristiana, y nada malo se hace entre nosotros!».

UN DIACONO DE VIENA ANTE EL TRIBUNAL

Tambi3n Santos soport3 noblemente, m3s all3 de toda humana medida, todos los malos tratos que provenían de los hombres. Los inicuos esperaban que por la persistencia y magnitud de los tormentos le arrancarían alguna palabra indebida, pero les resistió con tal firmeza, que no revel3 ni su propio nombre, ni el de su familia, ni el de la ciudad de donde provenía ni si era esclavo o si era libre, sino que a todo lo que le preguntaban respondía en latín: «Soy cristiano!». En lugar de su nombre, de su ciudad, de su familia y de todo, esto es lo que sucesivamente iba confesando, y ninguna otra palabra escucharon de 3l los paganos.



28

Por esta raz3n, lo mismo el gobernador que los torturadores se ensańaron contra 3l de tal manera, que, cuando ya no sabían qu3 hacerle, por 3ltimo le aplicaron planchas de cobre candentes a los miembros m3s delicados de su cuerpo. 3stos, ciertamente, se quemaban, pero 3l se mantuvo inflexible y firme, constante en la confesi3n, rociado y fortalecido por la fuente eclesial del agua viva que brota de la entrańa de Cristo⁸. Su cuerpo atestiguaba lo ocurrido: todo 3l era una llaga, todo confusi3n, encogido y perdida toda forma humana; pero Cristo padecía en 3l y realizaba grandes glorias anulando al adversario y mostrando, para ejemplo de los dem3s, que nada hay temible all3 donde est3 el amor del Padre, ni doloroso ante la gloria de Cristo.

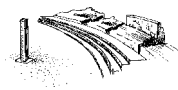
Efectivamente, despu3s de algunos d3as, aquellos malvados comenzaron de nuevo a torturar al m3rtir, pensando que podrían vencerlo si, estando sus carnes hinchadas e inflamadas, le aplicaban los mismos suplicios ahora que ni siquiera soportaba el roce de las manos, o bien que, si moría en medio de los tormentos, infundiría temor a los dem3s. Pero no solamente no ocurri3 con 3l nada semejante, sino que, contra lo que todos pensaban, se recuper3, y su cuerpo se enderez3 entre

8. Cf. Juan 7,38

los tormentos que siguieron y recobró su forma y el uso de los miembros, de manera que la segunda tortura fue para él no un suplicio, sino curación por la gracia de Cristo.

BIBLIDA HABIA RENEGADO...

Entre los que habían apostatado se encontraba Biblida, a quien pensaba el diablo que había devorado⁹, pero, queriendo además condenarla por blasfemia, la condujo a la tortura y la forzaba a declarar sobre nosotros aquellas impías calumnias, seguro ya de su fragilidad y cobardía. Pero el tormento le hizo volver en sí y, por decirlo de algún modo, despertó de un profundo sueño. Recordando entonces, gracias a aquellos castigos temporales, el castigo eterno en el infierno, se puso, por el contrario, a replicar a los detractores y decía: «¿Cómo podrían comer a un niño estas gentes si ni siquiera les está permitido comer sangre de animales irracionales?»¹⁰. Y desde ese instante confesaba que también ella misma era cristiana, y fue incorporada a la fila de los mártires.



MUCHOS MUEREN EN PRISION

Como la constancia de los santos, gracias a la asistencia de Cristo, había hecho vanos los tormentos de los tiranos, el diablo se puso a idear otros recursos, el encerramiento colectivo en el lugar más oscuro y peor de la cárcel, la presión de los pies en el cepo¹¹, hasta el quinto agujero, y los demás suplicios que los funcionarios encolerizados y endiablados acostumbraban a infligir a los presos, tanto que en la cárcel murieron asfixiados la mayor parte, al menos cuantos el Señor quiso que así murieran, mostrando su propia gloria. Efectivamente, algunos que habían sido cruelmente torturados hasta el punto de que parecía que no podrían sobrevivir aunque se les diera toda clase de cuidados, permanecían en la cárcel, desprovistos, claro está, de

9. «Devorado»: en algunas esculturas medievales se ve al demonio representado como un monstruo que está tragándose a un condenado, como la ballena se tragó a Jonás, infiel a la misión que Dios le había confiado.

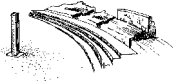
10. Cf. Hechos 15,29. En las primeras comunidades cristianas se observaba todavía esta prescripción de origen judío que prohibía la sangre como alimento.

11. Instrumento de tortura formado por dos maderos, que unidos forman en el medio unos huecos redondeados, en los cuales se aseguraban los pies del reo. Juntando los maderos unas cinchas, horadadas a intervalos regulares, se sujetan con una hebillas que pueden apretarse cada vez más, reduciendo el espacio dejado al pie.

toda asistencia humana; pero, fortalecidos por el Se1or en sus cuerpos y en sus almas, animaban y consolaban a los dem1s. Otros, en cambio, j6venes y reci6n detenidos, cuyos cuerpos no hab1an sido torturados previamente, no soportaban el peso del encerramiento y mor1an all1 dentro.

EL OBISPO SE ENCONTRABA ENTRE ELLOS

El bienaventurado Potino, a quien se ten1a confiado el ministerio del episcopado de Li6n, sobrepasaba la edad de noventa a1os y su cuerpo estaba d6bil. Por causa de esta su debilidad corporal, apenas si pod1a respirar, pero, por su gran deseo del martirio, el ardor de su esp1ritu le devolv1a las fuerzas. Tambi6n 6l fue arrastrado al tribunal; su cuerpo, viejo y enfermo, lo abandonaba, pero en 6l velaba su alma, conservada para que por ella triunfara Cristo. Llevado por los soldados ante el tribunal con acompa1amiento de las autoridades de la ciudad y de toda plebe grit1ndole toda clase de injurias, como si 6l mismo fuera Cristo, dio hermoso testimonio.



30

Al interrogarle el gobernador qui6n era el Dios de los cristianos, dijo: «Si eres digno, lo sabr1s». Entonces se le arrastr6 sin miramientos y se le hizo padecer diversos sufrimientos; los que estaban cerca le daban gran cantidad de pu1etazos y patadas, sin el menor respeto a su edad, y los que estaban lejos arrojaban contra 6l lo que ten1an m1s a mano, y todos crefan faltar gravemente y ser unos imp1os si omit1an alguna insolencia contra 6l, pues, pensaban que as1 vengaban a sus dioses. Potino, casi sin respiraci6n, fue encerrado en la c1rcel, y al cabo de dos d1as entreg6 su alma.

NO SE DISPENSA NI SIQUIERA A LOS RENEGADOS

Fue entonces cuando tuvo lugar una gran dispensaci6n de Dios y se manifest6 la inmensa misericordia de Jes1s, como raramente se hab1a dado en la comunidad de hermanos, pero muy de acuerdo con la delicadeza de Cristo. Efectivamente, los que hab1an renegado en las primeras detenciones fueron tambi6n encarcelados y compart1an los mismos horrores. En esta situaci6n de nada les sirvi6 su apostas1a, sino al contrario: a los que confesaban lo que en verdad eran, se los encerraba

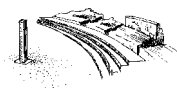
como cristianos, sin ninguna otra acusaci3n m1s; en cambio, a los otros, se los retena como homicidas e impuros y los castigaban el doble que a los dem1s. Y es que a los primeros les aliviaba la alegrfa del martirio, la esperanza de las promesas, el amor de Cristo y el Esp1ritu del Padre, mientras que a estos otros, su conciencia los atormentaba grandemente, hasta el punto de que, al pasar, podfan ser reconocidos por su aspecto entre todos. Efectivamente, mientras los unos avanzaban gozosos, con mezcla de gloria y de gracia abundantes en sus rostros, de manera que incluso las cadenas los ceafan como espl1ndido adorno, igual que una novia ataviada con abigarradas fimbrias de oro, y esparcfan al mismo tiempo el buen olor de Cristo¹² hasta hacer pensar a algunos que se habfan ungido con perfumes mundanos, los otros, por el contrario, caminaban sombrfos, cabizbajos, deformes y carentes de toda belleza, y, por si fuera poco, hasta los paganos los tildaban de innobles y cobardes: tenfan la acusaci3n de homicidas a cambio de haber perdido su t1tulo de honor, de gloria y de vida. Cuando los dem1s cristianos contemplaron esto, se reafirmaron, y los que iban siendo detenidos confesaban ya sin vacilaci3n y sin tener un pensamiento de c1lculo diab3lico.

Despu3s de aafadir a lo dicho algunas cosas m1s, continfa la carta:

Despu3s de esto, en adelante los g1neros de muerte de los m1rtires eran variad1simos, pues con flores de toda especie y de colores diferentes trenzaron ellos una sola corona para ofrec3rsela al Padre, y asf era necesario que aquellos generosos atletas, despu3s de haber mantenido una lucha variada y haber vencido en toda la lnea, recibieran la gran corona de la inmortalidad.

LOS PRIMEROS CONDENADOS A MORIR EN EL ANFITEATRO

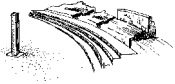
Asf, pues, Maturo y Santos, lo mismo que Blandina y 1talo, fueron conducidos al anfiteatro¹³ y entregados a las fieras para



12. Cf. II Corintios 2,15.

13. Sigue el texto de la dedicatorio que se ha encontrado: «(A la salud de) Tiberio Cesar Augusto, este anfiteatro (con su podium) fue erigido a expensas de C. Julio Rufo, hijo de Caio, sacerdote de Roma y de Augusto, y de su hijo, de la tribu de los Santones».

espect6culo de la inhumanidad de los paganos, pues el dfa de lucha de fieras se dio precisamente a causa de los nuestros. En el anfiteatro, Maturo y Santos pasaron de nuevo por toda clase de tormentos igual que si antes no hubieran padecido nada en absoluto, o mejor, como atletas que han vencido ya en muchos lances al contrincante y que siguen luchando por la misma corona. De nuevo sufrieron los latigazos acostumbrados, los tirones de las fieras y todo cuanto el pueblo enloquecido, cada cual desde su sitio, gritaba y ordenaba. Y como remate de todo, la silla de hierro, donde los cuerpos, al asarse, expelfan un fuerte olor a carne quemada. El p6blico, ni con todo eso cejaba, sino que todavfa se acrecentaba su frenesf queriendo vencer la constancia de los m6rtires. Pero ni aun asf lograron escuchar de Santos otra cosa que la frase de confesi6n que desde el comienzo acostumbraba a repetir. Asf pues, puesto que despu6s de terminar el gran combate a6n segufan con vida, Maturo y Santos por 6ltimo fueron degollados, convertidos ellos mismos en espect6culo para el mundo aquel dfa en substituci6n de la variada serie de combates de gladiadores¹⁴.



A Blandina, en cambio, la colgaron de un madero, y qued6 expuesta para pasto de las fieras, que se arrojaban a ella. Con s6lo verla colgando en forma de cruz y con su oraci6n continua, infundfa muchos 6nimos a los otros combatientes, que en este combate vefan con sus ojos corporales, a trav6s de su hermana, al que por ellos mismos habfa sido crucificado. Y asf ella persuadfa a los que creen en 6l de que todo el que padece por la gloria de Cristo entra en comuni6n perpetua con el Dios vivo. Como no la toc6 ninguna fiera, la bajaron del madero y de nuevo se la llevaron a la c6rcel, guard6ndola para otro combate; asf, tras vencer a6n en m6s lides, de una parte harfa implacable la condena de la p6rfida serpiente, y de otra animarfa a sus hermanos; ella, pequefia, d6bil y despreciable, pero revestida del grande e invencible atleta, Cristo, batirfa en repetidas suertes al adversario, y por el combate se ceifrf a la corona de la incorruptibilidad.

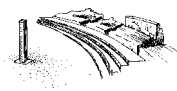
6talo, por su parte, tambi6n fue reclamado a grandes gritos por la plebe (pues tenfa gran renombre). Entr6 ya como luchador entrenado, gracias a su buena conciencia, pues

14. Los gladiadores eran los que, en los juegos del anfiteatro, luchaban armados entre s6 o contra distintos animales salvajes.

se haba ejercitado sinceramente en la disciplina cristiana y siempre haba sido entre nosotros testigo de la verdad. Se le hizo dar la vuelta al anfiteatro precedido de un cartel en que estaba escrito en latn: «Este es Atalo, el cristiano», mientras el pueblo se enardeca terriblemente contra el. Al enterarse el gobernador de que era romano, mand3 que lo llevaran con los demas que estaban en la carcel.

EL GOBERNADOR CONSULTA AL EMPERADOR MARCO AURELIO

El gobernador escribi3 una carta al emperador, consultándole sobre estos, y qued3 esperando su respuesta. El tiempo que medi3 no fue ocioso ni estéril para ellos, sino que, por su paciencia, se manifest3 la inmensa misericordia de Cristo: por vivir ellos, revivían los muertos, y por ser mártires otorgaban la gracia a los que no lo eran; así, mucha fue la alegría de la Virgen Madre (la Iglesia)¹⁵, al recobrar vivos a los mismos que haba abortado muertos. Efectivamente, por medio de ellos la mayoría de los que habían renegado volvían sobre sus pasos y de nuevo eran concebidos, se reanimaban y aprendían a confesar y, ya con vida y bien robustecidos, se iban acercando al tribunal para ser de nuevo interrogados por el gobernador, mientras Dios, que no quiere la muerte del pecador, sino que es favorable al arrepentimiento, les suavizaba el camino.



EN LOS DIAS DE LA GRAN FIESTA

El emperador respondi3 en su rescripto que los cristianos fueran ajusticiados, pero que si renegaban, que fueran absueltos. Era por entonces la gran fiesta local¹⁶ –concurren a ella en muchedumbre gentes de todas las razas (de la Galia)–, y el gobernador hizo llevar de nuevo al tribunal a los bienaventurados, en plan de teatro y de espectáculo

15. Este paralelismo entre la Virgen Madre y la Iglesia no es raro en la antigüedad cristiana. En la misma época Clemente de Alejandría, después de recordar el nacimiento virginal de Cristo, escribe: «Hay un solo Padre del universo, un solo Verbo del universo y también un solo Espíritu Santo, idéntico en todo a ellos, y hay también una sola virgen que se ha hecho madre a quien me gusta llamar Iglesia» (El Pedagogo I,42, en SC 70, p. 187).

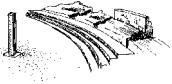
16. Esta fiesta solemne era la celebraci3n del culto del emperador y de la diosa Roma por parte de los delegados de las sesenta ciudades de las tres provincias galas (Aquitania, Lugdunense y Belgica). Era, en efecto, la fiesta más grande que se celebraba en toda la Galia (sin contar con la Narbonense y la Germania). El suplicio de los cristianos tendrá, por esta raz3n, una relevancia considerable.

para las muchedumbres. Por eso les interrog6 de nuevo, y a los que parecían estar en posesi6n del título de ciudadanos romanos, los hacía decapitar, mientras que a los demés los mandaba a las fieras. Cristo fue grandemente glorificado en aquellos que primero habían renegado y que ahora, contra lo que podían sospechar los paganos, confesaban su fe. A éstos, efectivamente, se los interrogaba en privado, como si al punto hubieran de ser puestos en libertad, pero al confesar su fe se los iba ańadiendo al númerode los mártires. Quedaron fuera, sin embargo, los que nunca tuvieron ni un vestigio de fe, ni sentido de la vestidura nupcial (del bautismo) ni idea del temor de Dios, sino que con su manera de vivir infamaban el camino, es decir, éstos son los hijos de la perdic6n¹⁷. En cambio, todos los demés se incorporaron a la Iglesia.

ALEJANDRO Y ÁTALO EN LA ARENA

Cuando estaban siendo interrogados, un tal Alejandro, frigio de nacimiento y m6dico de profesi6n, que había vivido muchos ańos en las Galias. Casi todos lo conocían por su amor a Dios y por la franqueza de sus palabras, pues participaba del carisma apost6lico. Estaba de pie junto al tribunal y con gestos animaba a todos a la confesi6n, pareciendo a los que rodeaban la tribuna como que tuviera dolores de parto. La plebe, enfureciéndose porque ahora confesaban los que primero habían renegado, se puso a gritar contra Alejandro, creyéndole causante de todo, y el gobernador, reparando en él, le preguntó qui6n era y, al responder éste: «Un cristiano», montó en cólera y le condenó a las fieras.

Al día siguiente entró en la arena junto con Átalo, ya que el gobernador, por congraciarse con la plebe, entregó de nuevo a éste al suplicio. Los dos pasaron por todos los instrumentos inventados para torturar en el anfiteatro y sostuvieron un gran combate. Por último también ellos fueron sacrificados. Alejandro ni sollozó ni murmuró lo más mínimo, sino que en su corazón conversaba con Dios. Átalo, en cambio, cuando le pusieron sobre la silla de hierro y empezó a quemarse y de su cuerpo se desprendía el olor de carne asada, dijo dirigiéndose en latín a la muchedumbre: «¡Ya lo veis!, esto es



17. cf. Juan 17,12.

comer hombres, lo que vosotros est1ais haciendo! En cambio, nosotros ni somos antrop3fagos ni hacemos ninguna otra cosa de malo». Y al preguntarle qu3 nombre tiene Dios, contest3: «Dios no tiene nombre como un hombre».

EL ULTIMO COMBATE DE BLANDINA

Despu3s de todo esto, el 3ltimo d3a de luchas de gladiadores fue de nuevo llevada al anfiteatro Blandina junto con P3ntico, muchacho de unos quince a3os. Los d3as anteriores se les hab3a llevado para que viesen las torturas de los dem1as. Empezaron oblig1ndoles a jurar por los 3dolos, pero ellos permanecieron firmes y hasta los menospreciaron. La muchedumbre se enfureci3 contra ellos hasta el punto de no tener l1stima de la edad del muchacho ni respeto del sexo femenino. Los entregaron a todos los horrores y les hicieron recorrer todo el ciclo de torturas, una tras otra, probando a forzarles a blasfemar, sin conseguirlo. Efectivamente, P3ntico, animado por su hermana hasta el punto de que incluso los paganos pod3an ver que era ella la que le exhortaba y confortaba, despu3s de sufrir generosamente toda clase de tormentos, entreg3 el esp3ritu. Y la bienaventurada Blandina, la 3ltima de todos, como noble madre que ha infundido 1nimos a sus hijos y los ha enviado por delante victoriosos a su rey¹⁸, despu3s de hacer tambi3n ella el recorrido de todos los combates de sus hijos, iba a reunirse con ellos alegre y gozosa de la partida, como si fuera invitada a un banquete de bodas y no arrojada a las fieras. Despu3s de los l1tigos, despu3s de las fieras y despu3s de parrillas, por ultimo la echaron a un toro. Lanzada a lo alto repetidas veces por el animal, insensible ya a lo que le estaba ocurriendo por su esperanza en cuanto hab3a cre3do y por su conversaci3n con Cristo, tambi3n ella fue sacrificada, mientras incluso los mismos paganos confesaban que jam1s entre ellos una mujer hab3a soportado tantos y tales suplicios.



LAS CENIZAS DE LOS MARTIRES SE TIRAN A LAS AGUAS DEL RIO

Pero ni aun as3 se hart3 su locura y crueldad para con los santos, porque, incitada por la Fiera salvaje, aquella tribu salvaje

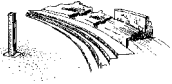
18. Cf. II Macabeos 7,21 y ss.

y b6rbara no pod6a f6cilmente acallarse. Su cruel insolencia tom6 otro rumbo particular: cebarse en los cad6veres. En efecto, el haber sido vencidos no les causaba la menor vergüenza, ya que no reflexionaban como hombres, sino que este hecho enardec6a todav6a m6s su c6lera, como de fiera, y as6, tanto el gobernador como la plebe demostraban tener el mismo odio injusto contra nosotros, para que se cumpliera la Escritura: «Que el injusto continúe en sus injusticias, y que el justo siga siendo justificado»¹⁹. Efectivamente, a los que hab6an perecido asfixiados en la c6rcel los arrojaron a los perros, vigilando cuidadosamente noche y d6a para evitar que alguno de nosotros les hiciera honras fúnebres. Tambi6n entonces expusieron los restos dejados por las fieras y por el fuego, en parte despedazados y en parte carbonizados, y durante algunas d6as seguidos custodiaron con guardia militar las cabezas de los decapitados, junto con sus troncos, asimismo insepultos.

Y sobre esos restos los unos rezongaban y rechinaban los dientes, buscando tomarse de ellos alguna venganza suplementaria; los otros se re6an y se mofaban, a la vez que engrandec6an a sus ídolos, a los que atribu6an el castigo de aqu6llos, y los m6s moderados y que parec6an compadecerse un poco menudeaban insultos diciendo: «¿D6nde est6 su Dios y de qu6 les aprovech6 su religi6n, la que han preferido incluso a su propia vida?». As6 de variada era la actitud de aqu6llos; nosotros, en cambio, est6bamos hundidos por el gran dolor porque no pod6amos enterrar los cuerpos, ya que ni la noche nos ayudaba, ni el dinero lograba persuadir, ni las súplicas ablandar, sino que por todos los medios los custodiaban como si en el hecho de que los cuerpos no recibieran sepultura ellos tuviesen gran ganancia.

A continuaci6n de esto, despu6s de algunas otras cosas, dice la carta:

As6, pues, los cuerpos de los m6rtires, despu6s de ser expuestos al escarnio en todos los modos posibles y de estar a la intemperie durante seis d6as, fueron quemados y reducidos a ceniza, que aquellos imp6os arrojaron al r6o R6dano, que pasa por all6 cerca, para que ni siquiera sus reliquias fuesen ya visibles



19. Cf. Apocalipsis 22,11.

sobre la tierra. Y esto lo habían pensando que podrían vencer a Dios y arrebatárles a aquéllos su nuevo nacimiento, con el fin de que, según ellos decían, ni siquiera esperanza tengan de resurrección; persuadidos de ella, nos están introduciendo una religión extraña y nueva, desprecian los tormentos y vienen dispuestos y alegres a la muerte: veamos ahora si van a resucitar y si puede su Dios socorrerles y arrancarlos de nuestras manos.

Tal fue lo que, bajo el mencionado emperador (Marco Aurelio), aconteció a las Iglesias de Cristo, y por ello se puede también conjeturar con cálculo razonable lo que se llevó a cabo en las demás provincias; será conveniente añadir a lo dicho algunos pasajes más del mismo documento, en los cuales se describe la suavidad y humanidad de los susodichos mártires con estas mismas palabras:

RESERVARON A CRISTO EL TITULO DE MARTIR

Éstos, en el celo e imitación de Cristo, quien «subsistiendo en forma de Dios no tuvo por usurpación el ser igual a Dios»²⁰, llegaron a tan alto grado que, a pesar de su gloria y de haber dado testimonio, no una sola vez ni dos, sino muchas más veces, y de haber sido retirados de las fieras y de estar cubiertos por todas partes de quemaduras, cardenales y heridas, ni ellos mismos se proclamaban mártires ni a nosotros nos permitían que les llamásemos por este nombre; antes bien, si alguno de nosotros por carta o de palabra se dirigía a ellos como a mártires, lo reprendían severamente.

Y es que se complacían en ceder el título del martirio a Cristo, el fiel y verdadero mártir, primogénito de los muertos y autor de la vida de Dios²¹, y recordando a los mártires que ya habían partido, incluso decían: «Aquéllos sí que son mártires, puesto que Cristo tuvo a bien tomarlos consigo en su confesión y selló sus martirios con la muerte; en cambio, nosotros somos unos confesores humildes y modestos»; y con lágrimas exhortaban a los hermanos pidiéndoles que se hicieran muchas oraciones para lograr su consumación. Y con su obrar demostraban la



20. Filipenses 2,6.

21. Cf. Apocalipsis 1,5; 3,14; y Hechos 3,15.

fuerza de su martirio, dirigiendo la palabra con entera libertad a los paganos, y ponían de manifiesto su nobleza mediante su paciencia, su entereza y su imperturbabilidad; pero el título de mártires que les daban sus hermanos lo rechazaban, llenos de temor de Dios.

SE MARCHARON CON ALEGRIA Y PAZ

Y luego, poco más adelante, dice la carta:

Se humillaban bajo la mano poderosa que ahora los tiene ensalzados²². Y entonces defendían a todos y no condenaban a ninguno, a todos liberaban y a ninguno encadenaban. Como Esteban, el mártir perfecto, rogaban por los que les infligían los tormentos: «Señor, no les imputes este pecado»²³. Y si rogaba por los que le lapidaban, ¿cuánto más lo haría por sus hermanos?

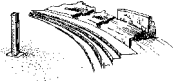
Y nuevamente, después de otros detalles, la carta dice:

Porque éste fue para ellos su combate mayor contra el adversario, por la verdad de su amor, con el fin de que la bestia se atragantase y vomitara vivos a los que pensaba que había devorado. Efectivamente, no se mostraron arrogantes frente a los caídos, antes bien, con entrañas maternas, acudían en socorro de los menesterosos con su propia abundancia y, derramando muchas lágrimas por ellos al Padre, pedían la vida y a ellos se la daban.

También se la repartían a los más próximos cuando, en todo vencedores, marchaban hacia Dios. Siempre amaron la paz, y en paz emigraron hacia Dios recomendándonos la paz, no dejando tras de sí ni trabajos a la madre (la Iglesia), ni revuelta y guerra a los hermanos, sino alegría, paz, concordia y amor.

Lo dicho acerca del amor de aquellos bienaventurados hacia los hermanos caídos podrá ser útil, a causa de la actitud inhumana e inclemente de aquellos que, después de esto, se ensañaron implacables en los miembros de Cristo.

22. Cf. I Pedro 5,6
23. Hechos 7,60.



ALCIABÍADES

El mismo escrito de los mencionados mártires contiene además otro relato digno de mención y no habrá inconveniente para que yo lo proponga al conocimiento de los lectores. Es así:

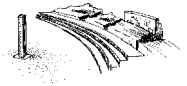
Alcibíades, uno de ellos, llevaba una vida austera hasta la miseria. Al principio no recibía nada en absoluto, no tomando sino sólo pan y agua. Incluso en la cárcel trataba de llevar el mismo régimen. Pero a Átalo, después de su primer combate librado en el anfiteatro, le fue revelado que Alcibíades no obraba bien no usando de las criaturas de Dios y dejando a los demás tras de sí un ejemplo de escándalo. Alcibíades, persuadido, empezó a tomar de todo sin reservas y daba gracias a Dios. La gracia de Dios no les tenía descuidados, antes bien, el Espíritu Santo era su consejero.

Y de estos casos baste así. Fue justamente por entonces cuando los partidarios de Montano, Alcibiades y Teodoto, empezaron a dar a conocer entre muchos en Frigia su opinión acerca de la profecía. En efecto, otros muchos milagros del carisma de Dios, que todavía hasta entonces venían realizándose en las diferentes iglesias, hacían creer a muchos que también aquéllos eran profetas.

Como surgieron discrepancias por su causa, de nuevo los hermanos de la Galia formularon su propio juicio, precavido y enteramente ortodoxo, exponiendo además diferentes cartas de los mártires muertos entre ellos, cartas que, estando todavía en la cárcel, habían escrito a los hermanos de Asia y Frigia y no sólo a ellos, sino también a Eleuterio, entonces obispo de Roma, como embajadores en pro de la paz de las Iglesias²⁴.

CARTA DE RECOMENDACION DE LOS MARTIRES EN FAVOR DE IRENEO

Los mismos mártires recomendaban a Ireneo, que ya por entonces era presbítero de la iglesia de Lión, al mencionado obispo de



24. El montanismo es una herejía nacida en Frigia, tierra de abundantes cristianos en Asia Menor, hacia el año 160. Montano decía que había recibido revelaciones particulares acerca de la proximidad del fin de los tiempos y fomentaba el ascetismo extremo para preparar a los fieles. Fundó una nueva iglesia. Esta herejía afectó a muchos cristianos, también lejanos de Asia menor y hasta Roma. Los confesores de Lión dan su parecer porque detentan una autoridad espiritual particular de la que son conscientes, como lo muestra también su escrito a favor de Ireneo.

Roma, dando de 6l numerosos testimonios, como demuestran las palabras siguientes:

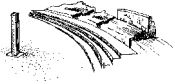
De nuevo y siempre rogamos que goces de salud en Dios, padre Eleuterio.

Hemos sugerido a nuestro hermano y compa1ero Ireneo que te lleve esta carta, y te rogamos que le tengas por recomendado, por el celo que tiene del Testamento de Cristo, porque, de saber que un cargo confiere a alguno justicia, desde el primer momento te lo habr6amos recomendado como presb6tero de la Iglesia, lo que es precisamente.

¿Qu6 necesidad hay de transcribir la lista de los m6rtires, tanto de los que acabaron por decapitaci6n como de los que fueron arrojados para pasto de las fieras, como tambi6n de los que murieron en la c6rcel y el n6mero de confesores supervivientes hasta aquel momento?

Quien lo desee, tendr6 f6cil repasar muy atentamente estas listas si lee el escrito que, como ya dije, se encuentra recogido en nuestra Recopilaci6n de martirios²⁵.

Esto es lo que ocurri6 en tiempos de Antonino.

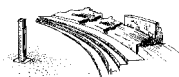


25. Un ejemplar de la adaptaci6n latina de Rufino contiene esta lista; igualmente el martirologio llamado jeronimiano y el *De gloria martyrum* de Gregorio de Tours. El martirologio contiene cuarenta y ocho nombres, pero 6stos no corresponden necesariamente a cuarenta y ocho personas, pues puede haber ciudadanos romanos con nombres dobles o, incluso, triples. Los que murieron en el anfiteatro se distinguen, en el escrito, de los que murieron en prisi6n.



El anfiteatro de las tres Galias

Si los deseos de los cristianos lioneses, sus esperanzas, sus miedos, su afán de sacrificio, se expresan en la admirable *Carta* de los supervivientes al martirio, un aspecto del drama ha parecido secundario: la localización de los lugares del martirio de los testigos de Cristo. A lo largo de los siglos, este hecho se ha considerado tan esencial que ha sido objeto de largas controversias.



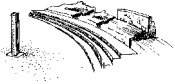
43

En un primer tiempo se dio poca importancia a esta búsqueda, puesto que se consideraba más importante poseer las reliquias de los mártires. La *Carta* afirmaba, sin embargo, que las cenizas de los cuerpos se habían arrojado al Ródano «*para que no quedase ningún rastro suyo en la tierra*». Poco después, se recogieron piadosamente unas cenizas devueltas por el río en la ribera de Ainay, más abajo del lugar de la cremación, considerándolas en buena fe como las de los mártires. Se las repartieron tres iglesias: la basílica de Ainay, la iglesia de San Ireneo, en la que descansaba el cuerpo del más ilustre de los testigos del drama y la iglesia de San-Nizier, mausoleo de los sucesores de Potino, el protomártir de Lión.

A esta última iglesia le tenían particular afecto los Lioneses que, hasta 1400, conmemoraban cada año la milagrosa invención de las cenizas con una fiesta, llamada *Fiesta de las Maravillas*,

que terminaba con el canto de algunos salmos bajo el puente del río Saona, frente a la iglesia de San-Nizier.

Llegó un momento en que algunos se percataron de que el martirio de los cristianos había tenido lugar donde, según la *Carta*, se reunían a principios de agosto los delegados de las naciones galas, o sea en el santuario federal de Roma y de Augusto, en la ladera de la colina de la Croix-Rousse, a la altura de la confluencia de los dos ríos que pasan por Lión. No se pudo dudar más de la identificación desde el momento en que, en 1528, un ciudadano lionés descubrió allí la sorprendente Tabla de Claudio que transcribe en el bronce el discurso del emperador lionés a favor de los Galos. Lindante con las murallas ruinosas de este santuario se erguían los vestigios de un edificio elíptico hasta la Revolución, en que se derribaron por considerarse «Signos de feudalismo». No se vaciló en reconocer este edificio como el anfiteatro de los Romanos.



44

A principios del siglo XIX, Artaud, el primer arqueólogo del lugar, decidió despejar este edificio. Desgraciadamente, sus obras fueron interrumpidas por un fuerte caudal de agua. El arqueólogo pensó que procedía de un acueducto, y se convenció de que se trataba de una naumaquia, un edificio predispuesto para representación de batallas navales. Esta opinión se demostró desacertada cuando se descubrieron unos bloques de piedra que llevaban los nombres de las naciones galas y denunciaban una función oficial del edificio. Era preciso reconsiderar la cuestión del anfiteatro. El hecho dio lugar a las hipótesis más aventuradas.

Si a principios del siglo XIX se había perdido todo rastro del anfiteatro de la Croix-Rousse, a finales del siglo se pensó que podía encontrarse en Fourvière. El profesor Lafon, que había observado la concavidad que formaba el límite de la colina y los restos de cascotes que se podían encontrar allí todavía, sostuvo la desacertada idea de ubicar allí el lugar del martirio. La opinión fue generalmente aceptada.

Los restos de lo que entonces se consideraba el anfiteatro se extendían a la propiedad vecina, la del convento de la Compasión. La Madre superiora, Mère Rivet, conmovida por la idea de que los cristianos habían sufrido en estos lugares, se

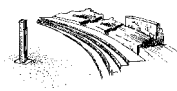
empeñó, con la ayuda de algunas hermanas y un operario, en excavar el suelo que suponía fecundado por la sangre de los mártires. La guerra puso fin a sus excavaciones, como también a su vida, pues murió en un campo de exterminio.

No obstante, desde 1933, la Municipalidad, avisada del caso, había emprendido la misma labor en el cercado Lafon, al que pronto se juntaron los de la Compasión y de Magneval, brindando a los arqueólogos lioneses un inmenso terreno de excavaciones.

Su entusiasmo duró poco. Al despejar las gradas desde arriba, creyeron encontrar en la base el alto muro-podio que rodeaba la arena del anfiteatro. Desafortunadamente, a los pocos meses, constataron que, al pie de las gradas, no se extendía la arena sino el pavimento de mármol de la *orchestra* de un teatro. Ciertamente las obras posteriores permitieron despejar un magnífico conjunto de edificios antiguos, pero la cuestión del anfiteatro seguía sin resolverse. Era forzoso volver a la localización en la Croix-Rousse.

Una primera serie de sondeos resultó desastrosa. Limitada por los fondos, y ceñida únicamente a los estrechos senderos del Jardín Botánico, no reveló ningún vestigio antiguo. En 1957 se comenzó una segunda campaña que se preparó con mucha antelación, se financió con abundantes fondos y, sobre todo, fue favorecida por la suerte. El primer piquetazo hizo aparecer el podio que ceñía la arena. Despojado en varios puntos, el muro permitió restituir la elipse que formaba la palestra. Pero las obras se vieron interrumpidas por el famoso caudal de agua procedente de la capa freática. El incidente se reveló afortunado porque iba a permitir que continuaran las investigaciones.

En efecto, las autoridades lionesas, que temían la amenaza de las aguas subterráneas que tanto afectaban a la ciudad desde hacía más de medio siglo, sustituyeron a los arqueólogos en la operación de encauzar estas aguas. Se abrió una honda conducción por debajo de la arena, hasta el punto en que surgía el manantial, para desviar el caudal hasta el desagüe más próximo. Así fue como, en enero de 1958, los trabajadores alcanzaron la base de un pozo antiguo, cerrado por encima con dos losas enormes en las que se conservaban majestuosas



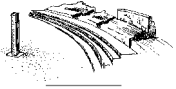
letras antiguas. Extraídas con suma dificultad, estas dos losas, a falta de una tercera, revelaron la inscripci6n monumental del anfiteatro, dando adem6s del propio nombre del edificio el del sacerdote que mand6 construirlo as6 como la fecha de la construcci6n: 19 de nuestra era.

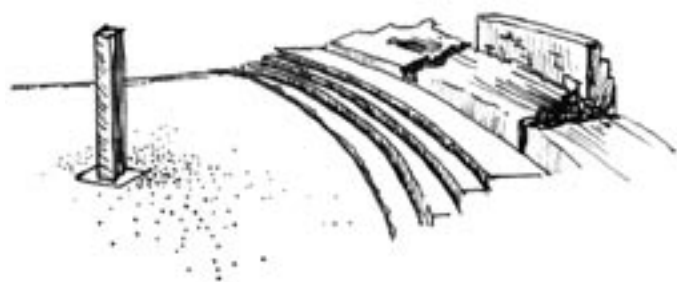
En adelante, la cuesti6n estaba resuelta. S6lo quedaba despejar el edificio, labor que no fue f6cil. As6, hoy podemos ver los deteriorados vestigios del anfiteatro donde fallecieron los m6rtires y, sobre todo, pisar el suelo que fecund6 su sangre.

Amable Audin (†)

Impresor y editor en Li6n

Ex-conservador del Museo galoromano







ILUSTRACIONES

Interno de tapa: caza de los Santos Martires, diseñada por Pierre Bossan y realizada en 1856 por la casa comercial A. Favier et Neveux (cripta de la iglesia de San Ireneo, Lión 5°).
Página 4: el emperador Marco Aurelio. Página 48: cabeza de Jupiter.

TRADUCTEURS

Jerónimo Leal,
professeur à l'Université Santa Croce, à Rome
Mireille Brunetti,
professeur de classes préparatoires au lycée Saint-Just, à Lión

EDITEUR

EGLISE A LYON
6, avenue Adolphe Max
69321 Lión cedex 05

DIRECTEUR DE PUBLICATION

Père Vincent Feroldi

RÉDACTION

Amable Audin (†)
Mgr Philippe Barbarin
Jean-Noël Guinot
François Richard

ADMINISTRATION

EGLISE A LYON
Tél. 04 78 37 82 75

CRÉDIT PHOTOGRAPHIQUE

Loki Concept
Institut des Sources chrétiennes
Daniëlle Bouteaud
M. Creuzy

CRÉATION

LOKI CONCEPT
185, rue Jean Voillot
69100 Villeurbanne

IMPRESSION

Imprimerie Veluire

Inscrit à la Commission paritaire des publications et agences de presse sous le n° 0904 G 51112

Dépôt légal imprimeur : 2ème trimestre 2005